

La memoria colectiva

Jean-Pierre Rioux*

¿Por qué hay tantos golpes de memoria y tanta rememoración en nuestras inquietas sociedades? ¿Y por qué en contrapunto o en contraparte, los historiadores se interesan tanto en la memoria de la gente y en la de los pueblos, por qué han convertido esto en un auténtico y vivaz objeto de sus estudios? Esas preguntas son frecuentes en las bibliotecas, las tesis y los coloquios desde hace casi veinte años; a decir verdad, desde los principios de la crisis. Alimentaron seminarios y algunos *best-sellers*. Sacudieron sobre todo, y muy oportunamente, la historia cultural en Francia.¹ Pues al plantarse en el cruce de las representaciones colectivas, pasadas, presentes y futuras, ¿cómo podrían hacerse a un lado las memorias que las codifican y las transmiten? ¿Y por qué no habrá instalado ésta lo memorable en el corazón de sus problemáticas y en el corazón de su obra?

Digámoslo sin temor: de esta manera la historia cultural se adhiere a *l'air du temps*. La memoria, es verdad, siempre ha sido imperiosa y provocadora. Pero hoy, más que nunca, sus análisis desnudan y perforan. También causan escalofríos, poniendo en acción la nostalgia y la inquietud alternadamente. Los griegos lo presintieron: la pequeña Clío, hija de Mnemosine y de Zeus, distraerá a los dioses y encantará a los poetas. Su aliento, decía Hesíodo, acariciará para siempre a los mortales para anunciarles "lo que será y lo que fue".

Le corresponde al historiador de lo cultural confirmar la fábula, pero sin hacer trampa. Y, antes que nada, desenredando este viejo idilio, pues historia y memoria se oponen. La historia es un pensamiento del pasado y no una rememoración. Forjó sus propias armas y codificó sus leyes. El historiador no es, pues, un memorialista, ya que construye y da a leer el relato -sí, el relato: redescubrimiento reciente, capital y

* En Rioux, Jean-Pierre y Jean François Sirinelli. "Para una historia cultural ". México: Taurus, 1997. pp. 341-373.

¹ Retomo aquí elementos sacados de artículos en los cuales intenté razonar mis propias investigaciones: "Notre mémoire populaire", *Les Nouvelles littéraires*, dossier, 26 de enero de 1978; *Problèmes de méthode en histoire orale*, Paris, CNRS, IHTP, 1981; "Sur la mémoire collective", *Bulletin de l'IHTP*, núm. 6, diciembre de 1981; "L'historien et les récits de vie", *Revue des sciences humaines*, 1983-3; "L'histoire orale en France: enjeux, bilan et perspectives", *Les Cahiers de Clío*, enero-marzo 1984; "Individu, mémoire, histoire", en *Croire la mémoire?* Aoste, AYAS, 1988; "La déesse Mémoire", *Le Monde*, 18 de marzo de 1993; "Nous sommes entrés dans l'ère des lieux de mémoire", *L'Histoire*, núm. 165, abril 1993.

duradero-² de una representación del pasado. Da carácter de laico y escribe en prosa el tiempo memorial de los héroes epónimos y de los mitos fundadores, de las sagas interminables y de los episodios constitutivos. De esta manera objetiva un colectivo informal divide en periodos, se obstina con la cronología, esculpe y corta en las playas de esta "memoria larga", imperturbablemente etnológica, fuertemente terrenal y pasablemente tribal, en cuyas arenas hurgó Françoise Zonabend.³ Su voluntarismo crítico y su obsesión científica erigen a distancia un tema de estudio que en seguida él modelará a su antojo y con sus reglas, destruyen el recuerdo-fetiché, desenmascaran a la memoria sacándola de sus espacios naturales. Por el contrario, ésta se alimenta de un tiempo dilatado en los límites orgánicos de una conciencia individual o colectiva. Ella lo sacraliza al rechazar toda discontinuidad y toda cronología. Se ríe de la superposición entre la razón y la experiencia. Péguy vio en Clío, en su "diálogo de la historia y del alma pagana", que "la memoria y la historia forman un ángulo recto". A la primera le corresponde el cuidado de regresar en el tiempo *en dedans*,^{*} recuperar lo que ha quedado atrás, invocar la herencia de un paganismo imperturbable. A la segunda, la perpendicular, la culta, le corresponde la tarea de inscribir y subrayar, de descifrar, burilar y contar, reflexionar y prever, para comprender mejor y dar a conocer un destino razonado. Hegel decía, y con razón, que la primera categoría histórica no era el recuerdo sino la promesa.

Plantear esta incompatibilidad entre madre e hija, entre Clío y Mnemosine, es un deber primordial para el historiador. Pero asumir esta exigencia no basta para aclarar lo que está en juego, pues, en una sociedad tan antigua y mediatizada como la nuestra, mirando fijamente y con perplejidad su propia imagen, aislada en el extremo de un continente muy viejo, asaltado por un mundo rejuvenecido desde 1989, es muy grande la tentación de rebasar la línea divisora y jugar con la interpenetración entre una historia constitutiva de la memoria nacional desde Jules Ferry y memorias parcelarias que pretenden nutrir la identidad de los grupos que las poseen o que las reinventan. En este país donde la crisis oculta el porvenir, es comprensible que perduren fuertes connivencias entre una memoria patrimonial insensata y el curso desafinado de la historia que ya no habla de mañanas. Desde entonces, el historiador de la memoria debe vivir y sobreponerse a causa de una tensión, fecunda pero obstinada y a menudo incómoda: el descuartizamiento, constitutivo del dominio cultural, entre lo instituido y lo vivido; entre, por una parte, las memorias nacionales en continuidad, dirigidas, conmemoradas,

² Véase Laurence Stone, "The Revival of Narrative. Reflections on a New old History", *Past and Present*, núm. 85, 1979 (traducido en *Le Débat*, núm. 4, septiembre 1980); Paul Ricoeur, *Temps et Récit*, vol. 1, *L Intrigue et le Récit historique*, París, Le Seuil, 1983; Jacques Revel, "Ressources narratives et connaissance historique", *Enquête*, núm. 1, 1995.

³ Véase Françoise Zonabend, *La Mémoire longue. Temps et histoires au village*, París, PUF, 1980.

^{*} Hacia adentro (N. de la T.).

autosatisfechas, enseñadas para ser compartidas y, por otra parte, las memorias particulares, comunitarias o "multiculturales", de narices respingadas y demasiado cómodas en un tiempo dislocado. Cuando las segundas atacan a las primeras, el campo histórico queda totalmente abierto, pero para explorarlo se recomienda usar mapa y brújula. El único bagaje teórico para comenzar es la advertencia de Paul Ricoeur: "Entre más difícil se deba considerar a la noción histórica, desprovista de toda evidencia propia, más anunciaría su rechazo, al final, el suicidio de la historia."⁴

Una figura impuesta

Se comprenderá entonces que, por precaución, esta historia haya tomado como primera hipótesis de trabajo una constatación banal y haya llevado a la ingenuidad de éste una serie de trabajos que sirven como una referencia: el clima era propicio para la memorización y el consumo masivo de un sopa de letras del pasado. Esta retromanía le daba la espalda a cualquier historia instituida, portadora de jerarquías, capaz, sólo por su fuerza demostrativa, de establecer ciertas buenas verdades por decir, de explayar ciertos valores que cohesionan a una comunidad y, en consecuencia, de difundir seguridades colectivas, sociales y nacionales que hablaran de un porvenir. Los historiadores pensaron pronto que ese autismo de la memoria no los provocaría impunemente.⁵

Desde hace veinte años, los franceses inmovilizados en la crisis comenzaron a mirar de reojo, con complacencia y ternura, las armonías supuestamente antiguas. Todo era pretexto para el pasadismo,* el pasatiempo, el *hobby*,** la tarjeta postal y la ropa de abuelita, la genealogía de aficionado y las excursiones por el campo en busca del fósil. El éxito del Año del Patrimonio, que apoyó desde 1980, fue un llamado proteiforme a una memoria que enraizaba y apaciguaba, un turismo y un neuroléptico, una animación y un violín de Ingres, un frenesí *del stock* y de la acumulación. Cada individuo, cada grupo formal o informal era el contador público de su identidad y casi pretendía ser su propio historiador.

⁴ Paul Ricoeur, *Temps et Récit, op. cit., vol. 3, Le temps raconté*, 1985, p. 174. Véase sobre todo Reinhardt Koselleck, *Le Futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*, París, Ed. de l'EHESS, 1990. No olvidemos que Jacques Le Goff recordó precozmente que "la memoria es la materia prima de la historia", en *Histoire et Mémoire*, París, Gallimard, "Folio", 1988.

⁵ Para el estudio del periodo contemporáneo, son raros quienes han advertido la importancia de los trabajos pioneros de Maurice Crubellier, reunidos en *La Mémoire des Français. Recherches d'histoire culturelle*, París, Henri Veyrier, 1991.

* *Passéisme* en el original. Manía por el pasado (N. de la T.).

** En inglés en el original (N. de la T.).

Este encarnizamiento, repitámoslo, excitó temporal y legítimamente a la ciencia histórica. Desde 1975, mientras aparecía la traducción de *L' Art de la mémoire* de Yates, esta primera historia moderna de una memorización que tuvo valor de pasaporte para muchos pioneros,⁶ dos *best-sellers*, *Le Cheval d'orgueil* de Pierre Jakez Hélias y *Montaillou, village occitan* de Emmanuel Le Roy Ladurie, apoyados en una producción culta y exitosa la *Histoire de la France rurale* publicada en Le Seuil, firmaron la instalación más fuerte del relato de vida en bruto y de las nostalgias rurales en una problemática de la historia.⁷ Después, para volver a amotinar esta memoria campesina agonizante y decir "la belleza de lo muerto",⁸ un caos donde cohabitarían los abuelitos convocados *in extremis* ante las grabadoras, los militantes de una "historia oral" que creían por fin darle la palabra a los olvidados de la Historia, biógrafos, al acecho, fanáticos del localismo y doctores bonachones especializados en las "guerras franco-francesas" los más memorables, muy pronto reunidos por los grandes caminantes de *los Lieux de mémoire*.⁹ De esta forma se apisonó y reapisonó "el terreno" durante quince años.

Ese bucolismo naufragó en la anécdota a finales del decenio de 1980 y, de pronto, la historia cultural de la memoria cambió drásticamente de rumbo. Pues, después de tantos años de exploraciones de las memorias en suecos atomizados, se abrió paso a las mediaciones cuya morosidad crecía con el aumento de una crisis cada vez más profunda y de dimensiones múltiples, en lo que el fin de los campesinos no era más que el signo precursor. Fue necesario entonces enfrentar otras preguntas, más fuertes y, dicho de otra forma, menos ajadas.

¿Qué había pasado entonces? Nada excepto haber tomado conciencia de que una serie de tormentas habían arrasado con los modelos sobre los cuales se había mantenido la continuidad de la nación. Las etapas cronológicas de esta disolución de un prestigio en el furor del mundo son conocidas. La Primera Guerra Mundial había marcado la apoteosis de una memoria nacional y republicana que mostró, desde Marne hasta Victoria, su fuerza de cohesión. Pero el derramamiento de sangre volvió fatal la vieja postración humana de un país que durante tanto tiempo había dominado a Europa occidental por el carácter masivo de

⁶ Fiances A. Yates, *L Art de la mémoire*, París, Gallimard, 1975 (la. ed. inglesa, 1960).

⁷ Pierre Jakez Hélias, *Le Cheval d'orgueil, Mémoires d'un Breton du pays bigouden*, París, Plon, 1975 (completarla con P. J. Hélias, *Le Quêteur de mémoire, Quarante ans de recherche sur les mythes et la civilisation bretonne*, París, Plon, 1990); Emmanuel Le Roy Ladurie, *Montaillou, village Occitan de 1294 à 1324*, París, Gallimard, 1975; Georges Duby y Armand Wallon, dir., *Histoire de la France rurale*, París, Le Seuil, 1975-1976, 4 vols.

⁸ La expresión, acogida entonces con gran interés metodológico, es de Michel de Certeau, "La beauté du mort. Le concept de "culture populaire", *Politique aujourd'hui*, diciembre 1970, retomado en *La Culture au pluriel*, París, UGE, "10/18", 1974.

⁹ Véase Pierre Nora, dir., *Les Lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1984-1992, 7 vols.

su población. La crisis de los años treinta y la Segunda Guerra Mundial echaron a andar nuevamente la "guerra franco-francesa" y, dicho sea de paso, la Francia urbana, industrial y terciaria le había ganado finalmente a la Francia rural guardiana de las fuerzas de la memoria. El fin de los campesinos dislocó muy pronto los mecanismos de transmisión de las herencias. La fuerza de la inmigración, la de los modelos culturales anglo-sajones, aumentaron la duda. Por último, la crisis mundial y la exhibición de las barreras del mercado internacional hicieron que resurgiera la fatalidad de los bloqueos y los retrasos. Así, Francia entró de reversa en el rango de las potencias medias.

Se comprende que la memoria colectiva heredada haya sido poco a poco la víctima de esos *shocks* sucesivos. El mismo Estado perdió una gran parte de su eficiencia para memorizar, diluyéndose en el Estado providencia desde 1945, y sin conseguir actualizar las condiciones de la transmisión pública de los valores y los saberes, como lo demuestra la eterna reforma de la educación desde hace medio siglo. Desde entonces, lo relacionado con las sociedades cobró a menudo más importancia que lo nacional, en las mutaciones sociológicas que arruinaron a la dominación rural, promovieron el salariado y establecieron un "grupo central" proteiforme para que regenteara los usos y costumbres socioculturales y la distribución del ascenso social. Muros enteros de memorias sociales se derrumbaron entonces: la de los campesinos y los paisajes que éstos civilizaban; la de los obreros, diluida en los modelos comunes de consumo y de promoción. Los efectos del rango de edad o de la generación comienzan a sentirse, quiebran las coherencias culturales y los modos de reproducción de los valores. Las clases y los grupos se dispersan, los antiguos mecanismos de la promoción republicana se frenan, mientras que esta sociedad más borrosa, más fluida o más blanda cultiva lo efímero.¹⁰ Al concluir la evolución, el dominio de los medios modernos del sonido y de la imagen, luego las revoluciones de la informática y el multimedia imponen un tiempo social sin duración, que favorece al olvido en proporción de la amplitud del stock de informaciones difundidas y de la pretendida evidencia de los saberes vendidos "en línea" y, al mismo tiempo, transmitidos de manera menos atenta. De esta forma la nueva comunicación revierte las reglas que dominaban la memoria de los grupos y la memoria común.¹¹ Y, en consecuencia, el propio consenso nacional modificó el orden de sus valores: al culto de los orígenes lo sustituyen un presente incierto y una modernidad

¹⁰ Véase Gilles Lipovetsky, *L'Empire de l'éphémère. La mode et son destin dans les sociétés modernes*, París, Gallimard, 1987, y *Le Crépuscule du devoir. L'éthique indolore des nouveaux temps démocratiques*, París, Gallimard, 1992.

¹¹ Véase Erik Neveu, *Une société de communication?* París, Montchrestien, 1994.

tecnicista, a la reunión cívica se oponen la afectividad individualista, la tribalización o el comunitarismo "emocional".¹²

Para medir bien, añadamos, en desorden en lo que concierne a estos últimos años, la pérdida de sustancia de regiones enteras condenadas a convertirse en tierra industrial, el retiro a las proximidades provincianas y regionalisantes del "vivir y trabajar en el país", la descomposición de las memorias comunista y gaullista que tanto habían ayudado a estructurar las visiones nacionales del pasado, la derrota de las esperanzas revolucionarias, millones de nuevos pobres que perdían su identidad, inmigrantes más previsores y que inquietan más aún, suburbios latentes o ya en secesión, manifestaciones de fiebre xenófoba o antisemita de memoria siniestra, élites en ingravidez social y escándalos que rebasaron el de Panamá. Admitamos que, en este sedimento hexagonal ya muy denso, Europa y el mundo trastornados en 1989 depositaron un furor muy nuevo. Fin de la guerra fría y gran vacío por el lado del comunismo que controlaba una parte del planeta, resurgimiento de los nacionalismos belicistas en el Este, con citas memorables en Sarajevo, fortalecimiento de las periferias del Sur y del Extremo Oriente sobre el mercado universal del trabajo a bajo precio y de la emigración en alta tensión que amenazan a los países bien provistos, reacciones e integrismos religiosos de vocaciones expansionistas: es larga la lista de novedades que vuelven el porvenir un poco más imprevisible, que hacen proliferar un presente sin fe ni ley. En ese contexto desalentador, subraya Pierre Nora, "el pasado ya no es la garantía del porvenir; esa es la razón principal de la promoción de la memoria como agente dinámico y la única promesa de continuidad".¹³

Un llamado al método

Este nuevo reparto de cartas arrasó en Francia con los efectos bucólicos de la primera desorientación por la memoria. Nuestros enfrentamientos específicos y ya antiguos alrededor de la Segunda Guerra Mundial y del tiempo de Vichy, despertados por el doble eco del proceso de Barbie y de la ofensiva de los revisionistas negando que aún pudiera haber una memoria de Auschwitz, contribuyeron en aquel momento a revivir ciertos intereses memoriales viejos. Nuestras conmemoraciones oficiales y la celebración del Bicentenario de 1789, por más organizadas que estuvieron, no tuvieron, por su parte, todos los efectos unificantes que nuestras élites esperaban. Tan es así, al que todas esas altas presiones brutalmente

¹² Véase Michel Maffesoli, *Le Temps des tribus. Le déclin de l'individualisme dans les sociétés de masse*, París, Klincksieck, 1988.

¹³ Véase su introducción y su conclusión en *Lieux de mémoire, op. cit.*, del que proviene esta cita y todas las siguientes.

acumuladas provocaron tormentas, y el estado de crisis y de duda disparó esquirlas de memoria en todos los rincones de la sociedad.

En ese mundo deliberado por los medios de comunicación y fascinado por la imagen de él mismo que éstos le regresan, se impone además al historiador un tiempo nuevo, sin duración ni proyecto, un tiempo sin devenir, mal sopesado en la escala del presente y del futuro: un presente tartamudo, cuya aceleración y desmoronamiento niegan el origen y el destino; un presente en el cual se acampa esperando mejores tiempos. Esta irrupción brutal de un tiempo discontinuo muy "fin de siglo" contribuyó desde entonces a disminuir y luego a agotar el activismo de la memoria tranquilizadora y a apurar el fin de una visión de la historia como algo continuo, compartida y nacionalizable. Ese presentimiento de una falla de transmisión, y quizá incluso de un hiato fatal, explica la fiebre de los grupos sociales y de los individuos que acumulan recuerdos antes de que sea demasiado tarde, moraliza la obligación íntima de reencontrar raíces. Pero demasiado tarde, quizá, puesto que, ya lo señalamos, la distancia cultural se cava entre las generaciones, entre las capas sociales, entre un poder central sospechoso de jacobinismo elitista y el local ataviado con las virtudes descalurosas de la proximidad, entre lo nacional y lo europeo agrietado con el choque que implicó el tratado de Maastricht. Desde entonces, los valores republicanos están decolorados, la escuela ya no cumple tan bien su papel de transmisión, es el turno del todo-cultural y de la comunicación en "línea".

Esta conjunción demasiado presente de inquietudes y novedades arruina las jerarquías y quiebra la perspectiva. Erosiona los temas federadores de los cuales vivimos desde hace más de dos siglos, la nación policiada, la historia laicizada y memorable, la patria de los Derechos Humanos. Lleva a la sociedad a cultivar sus opuestos, un patrimonio revisitado incansablemente, una identidad que sufre, una memoria desmoronada y vagabunda, desde entonces se supone que estos son los únicos portadores de sentido. Y también, sin temor a la contradicción, se ponen a rivalizar, constantemente en duda, los tres últimos valores que sobreviven: patrimonio, identidad, memoria, "esas tres superficies del nuevo Continente cultura". En el cruce de ese presente estorbo y de ese desquebrajamiento de los cimientos republicanos, Pierre Nora ubicó un "momento memoria", vivido en la duda y el bochorno. Todo ocurre como si el rumiar de la memoria sustituyera con urgencia a una historia nacional desabrida.

Ese momento, ¿para qué negarlo?, derrumba al historiador. Pues, ya sacudido por la profusión de memoria, ésta, nos dice Pierre Nora, debe vivir intensamente su "edad historiográfica". Al hacerlo, se doblaga, quizá de manera voluntaria, bajo el tormentoso

espíritu de los tiempos, y la producción de libros de historia sigue de cerca el ciclo de letanías de las conmemoraciones, los aniversarios y esa afición rumiante por el pasado. ¿Era necesario, por ejemplo, publicar tantos libros sobre el Bicentenario de 1789 cuando, con toda evidencia, una investigación histórica nueva no era capaz de alimentarlos a todos? Los prósperos fondos comerciales de la Segunda Guerra Mundial, los crímenes de Vichy o la epopeya gaulliana tampoco estuvieron preparados siempre con entradas frescas. ¿Y qué decir de tantas reflexiones apresuradas sobre los problemas del Este?

Se le agradecerá, sin embargo, a la historia cultural el haber intentado comprender mejor ese presente de efectos desestabilizadores. Junto a una "historia inmediata" que inventaron los periodistas en los años sesenta, una "historia del tiempo presente", más científica, adoptó su marca y señaló puntos.¹⁴ Ésta ha sabido "surfear" sobre la ola de memoria reflexionando activamente sobre ella misma y poniendo en cuestión algunas jerarquías que aprendió de Braudel y en los *Annales*, entre la larga duración y el presente, lo económico, lo social, lo cultural y lo político. Además, desde hace quince años, la actividad histórica se ha acercado a lo repetitivo, a lo masivo y a lo inmóvil, hechos rebeldes, choques traumáticos, discontinuidades y fallas, individuos-reyes y multitudes sin dirigentes. Rehabilitaciones cónyuges del relato y de la historia política, moda de lo biográfico, valoración del corto plazo y del riesgo, de lo contingente y de lo accidental, denegación de la modernidad lineal: múltiples progresos metodológicos y temáticos recientes fueron réplicas a la impetuosidad de la oleada de la memoria y que se impusieron siguiendo un cuestionamiento propiamente cultural que, a fin de cuentas, también impregnó ampliamente la historia de lo contemporáneo. Así, el estudio de la memoria ayudó a la disciplina histórica a volverse hacia sí misma. ¿Es acaso azaroso que este trabajo crítico exhiba sus exigencias y sus primeros efectos en el momento mismo en que la historia de la historia, la historiografía, está tomando un verdadero segundo aire? Y si, paralelamente, escribimos nuevamente tantas Historias de Francia, ¿no es éste el signo de una interrogación sobre esta tradición que haría de la historia la sirvienta de la memoria nacional, o su primer vector? Esas introspecciones habrían sido menos vivas sin el aguijón del crecimiento de lo contemporáneo de las memorias confusas y generadoras.

No disimulemos, sin embargo, que esta atención metodológica está ligada también a un hundimiento de una vocación pedagógica de la historia que asegura ser la única poseedora del magisterio moral de la transmisión de lo nacional. A través del rodeo de la memoria,

¹⁴ Véase Agnès Chauveau y Philippe Tétart, dir., *Questions à l'histoire des temps présents*, Bruxelles, Complexe, 1992, y IHTP, *Écrire l'histoire du temps Présent. En hommage à François Bédarida*, París, Ediciones del CNRS, 1993.

ésta interioriza finalmente ese estatus moderno que la convierte en una ciencia social banal de paradigmas que constantemente están puestos sobre lo establecido,¹⁵ sea cual sea su lugar en la jerarquía de sus compañeras. Con un corolario: los riesgos y las esperanzas. Pues el hiato entre historia y memoria no siempre está borrado. ¿Acaso la historia-disciplina puede sólo florecer sobre un decaimiento de las memorias o sobre algún voluntarismo forzado que quisiera traerlas al mundo con fórceps? ¿La historia culta no tendrá cierta responsabilidad en la pérdida de la identidad? "¿Qué es la historia?", le preguntaban al filósofo Maimónides en el siglo XII: "una pérdida de tiempo", respondía, y toda la tradición judía, según Yerushalmi, está permeada por ese antagonismo fecundo de la memoria y de la historia.¹⁶ Subjetiva, parcelaria, la memoria debe ser en efecto, repitámoslo, un tiempo sospechoso para la historia. Una historia sin memoria sería también científicamente satisfactoria, pero demasiado a su favor. Vivimos, es cierto, el riesgo de la ruptura de la historia culta con los voluntarismos de las memorias nacionales o populares. Evitemos, sin embargo, los argumentos *ad hominem* y las composturas teleológicas. Basta, quizá, convenir ahora en que el estudio de la memoria obliga al historiador a aceptar que estudia el tiempo más que el pasado, y que su construcción se inscribe en una orquestación de tiempos polifónicos que un día la engullirá, antes de que se retome. Y, sobre todo, que el carácter recitativo de las memorias imperiosas o balbuceantes encuentra siempre aquello que lo relativiza y lo hace legible y compartido: el relato, también construido, sin el cual la historia no sería más que memoria desordenada y sufriente. Trabajar como historiador sobre la memoria le da relieve y valor de prueba a las reflexiones metodológicas más innovadoras.¹⁷

Memorias comunes

Aventurémonos a dar una breve visión de los campos de investigación privilegiados de una historia de la memoria. La memorización ha sido tan intrusiva que, hay que repetirlo, ha irrigado todo el trabajo histórico; por ello, tanto se interiorizó la expresión de Pierre Nora que define la memoria como "la economía general del pasado en el presente". No nos sorprenderá, consecuentemente, ver que se multipliquen los estudios que provocan a la memoria en su propio terreno e intentan aprehenderla como un objeto de historia, que se puede someter a los mismos razonamientos, al mismo espíritu crítico y al mismo desprendimiento científico que todos los Otros objetos que el historiador construye.

¹⁵ Véase Marcel Gauchet, "Changement de paradigme en sciences sociales?", *Les Idées en France, 1945-1988. Une chronologie*, Paris, Gallimard-Le Débat, "Folio-histoire", 1989.

¹⁶ Y .H. Yerushalmi, *Histoire juive et Mémoire juive*, Paris, La Découverte, 1984. Para una aplicación moderna ejemplar, véase Nicole Lapierre, *Le Silence de la mémoire. A la recherche des Juifs de Plock*, Paris, Plon, 1989.

¹⁷ Véase Paul Ricoeur, *Temps et Récit*, *op. cit.*, y Krzysztof Pomian, *L'Ordre du temps*, Paris, Gallimard, 1984.

Esta configuración inédita se trazó en Francia, desde hace veinte años, en el crecimiento de una historia oral con tintes antropológicos que rehabilitaban la construcción de lo vivido.¹⁸ y de una sociología de la memoria inaugurada por "Halbwachs."¹⁹ Ésta demostraba profusamente que el recuerdo era un poderoso instrumento de integración social a la nación ó al grupo. En contacto con ella, el historiador aprendió a distinguir mejor el rastro y la evocación, la transmisión y la construcción, la tradición y el recuerdo; dejó de pensar que la memoria reproduciría o deformaría una realidad social determinada, subyacente o consciente; aceptó que ésta no era el espejo, ni siquiera deformante, de una realidad tomada como "ancla o referencia, sino que constituía en sí un factor de la evolución histórica de una sociedad. Y que, por tanto, era una buena "caza" para el historiador. La historia oral, por su lado, permitió, un tiempo, una irrupción de la experiencia "en bruto" y del imperativo del tema sobre ese campo. Proporcionó una multitud de palabras que descifrar, un revoltijo de verdadero, imaginario y aprendido, un almacenamiento de "pequeños hechos verdaderos" y, sobre todo, fortificó una historia de grupos humanos ninguneados por la tradición escrita, confinados a sus recuerdos, en desacuerdo con una visión demasiado lineal y demasiado oficial del curso del tiempo, a menudo residuales y siempre testigos de refracciones de la aventura colectiva cuyo único rastro era la memoria de éstos.²⁰

Así se acumularon encuestas y conclusiones, no siempre conciliables. Un estudio sobre Reims durante la guerra de 1914 -1918 descubrió recuerdos constituidos, pero ninguna memoria colectiva organizada. Sobre la ladera sur del monte Lozère, las comunidades protestantes revelaron una memoria histórica particularmente vivaz, de *camisards** en la Resistencia, mientras que las poblaciones católicas de la ladera norte parecen no tener, siendo que estuvieron sometidas a las mismas tormentas de la historia. Tal minoría de difícil integración, por ejemplo los italianos del barrio del Vieux-Port de Marsella, borran toda referencia al país de origen para no asimilar más que el legendario país de llegada, mientras que otra cultiva hasta saciar su identidad en tránsito.²¹ El peso de la historia en las memorias colectivas es entonces muy variable, desde la ausencia hasta la obsesión, en una gama muy amplia. Y los grandes acontecimientos colectivos están interiorizados de manera desigual.

¹⁸ Véase Philippe Joutard, *Ces voix qui nous viennent du passé*, París. Hachette, 1983, y Danièle Voldman, dir., *La Bouche de la vérité? La recherche historique et les sources orales*, París, Les Cahiers de l'IHTP-CNRS, 1992.

¹⁹ Véase Maurice Halbwachs, *Les Cadres sociaux de la mémoire*, París, Alcan, 1925; reed. París, Albin Michel, 1994; Gérard Namer, *Mémoire et Société*, París, Méridiens Klincksieck, 1987.

²⁰ Véase Philippe Lucas, *La Religion de la vie quotidienne*, París, PUF, 1981.

* Calvinistas insurrectos durante las persecuciones que siguieron a la revocación del edicto de Nantes (N. de la T.).

²¹ Véanse ejemplos opuestos en los estudios de "lugares de la memoria" inmigrantes, reunidos por Pierre Milza y Émile Témime, *Français d'ailleurs, Peuple d'ici*, París, Autrement, 1995, 10 vols.

En sus estudios sobre Cévennes y la Provenza,²² Philippe Joutard llegó a distinguir cuatro paradigmas posibles. Algunas comunidades tienen una memoria histórica viva, que irradia más allá del territorio original, vivida directamente y transmitida por tradición escrita y oral. Otras no tienen más que una memoria histórica folclorizada, sin contenido afectivo particular. Otras no disponen más que de vagas referencias en la cadena del tiempo ("antes" o "después" de la guerra, por ejemplo) no se recurren al acontecimiento más que en función de los intereses más estrechos de la comunidad: este caso parece ser el más frecuente. Finalmente, por efecto de un retorno de una animación sociocultural, gracias al trabajo de un erudito local, una memoria histórica puede estar naciendo en el despertar de una conciencia regionalista. Esas gradaciones se encuentran en el nivel nacional, con diferentes memorias crecientemente selectivas, desde la memoria institucional, la de los archivos oficiales, la historia común y la de la instrucción cívica, hasta la memoria de los grupos, más sensible a la oralidad, pasando por la memoria de creación, la de los creadores, historiadores, cineastas y medios en general.

La encuesta que llevaron a cabo Yves Lequin y Armand Métral en Givors²³ distinguió muy marcadamente por su lado una memoria individual, cíclica, apegada a lo cotidiano y a la historia de la vida personal y familiar (con, por ejemplo, una fuerte valorización de la adolescencia), una memoria colectiva, ampliamente organizada en el exterior por el Estado, la escuela, las organizaciones políticas o sindicales, una memoria común, ésta muy bien compartida, a menudo bajo una red coherente de "portadores de memoria", a veces conflictiva, renovada sin cesar por relatos que marcan la cohesión de un grupo, común gracias a la repetición. En esa región, los obreros del vidrio no tienen una memoria compartida tan activa como la de los obreros metalúrgicos: las densidades diferenciales son estrechamente sociales. Esta conclusión pudo prolongarse tranquilamente en el terreno político gracias a Marie-Claire Lavabre, quien mostró cuánto la pedagogía de la organización comunista había dibujado en los militantes una memoria común original y orgullosa de serlo.²⁴

Pero, en todas partes, el arraigamiento y lo local predominan: todos los estudios, ya estén al margen o en el subsuelo, que contemplan a los vagabundos, a los excluidos o mudos, actores conscientes o jubilados de la historia, señalan la fuerza matriz y simbólica del territorio al que pertenecen o, en su defecto, desde el punto de partida de la errancia memorizada. De manera que ese trabajo histórico aporta naturalmente una nueva consistencia a la reflexión sobre los territorios del origen, cuyo recuerdo ha tomado tan cómodamente una forma patrimonial e

²² Y antes que nada, *La Légende des camisards. Une sensibilité au passé*, París, Gallimard, 1977.

²³ "A la recherche d'une mémoire collective: les métallurgistes retraités de Givors", *Annales ESC*, enero-febrero 1980.

²⁴ Marie-Claire Lavabre, *Le Fil rouge. Sociologie de la mémoire communiste*, París, Imprenta de la Fundación Nacional de las Ciencias Políticas, 1994.

identitaria. Experimentado en la periferia, ese tipo de investigación fue atraído como por un imán hacia la racionalización acerca de las raíces y la interrogación sobre la coherencia nacional de la que había partido. El círculo se cerró y el tartamudeo amenaza, incluso si la verificación está hecha de manera que, decididamente, la historia de la memoria en Francia acaba invariablemente confrontada a una prueba redundante del marco hexagonal y se exaspera en un inventario infinito de los localismos.

A pesar de esa constatación, hay que esperar que se multipliquen los muestrarios y las confrontaciones de "lugares de memoria" particulares y provincianos, cuya síntesis proporcionaría un contrapunto al trabajo nacional dirigido por Pierre Nora. Es necesario también multiplicar los trabajos sobre los manuales escolares, las pedagogías del recuerdo, las asociaciones, las conmemoraciones, las manifestaciones. Habría sobre todo que profundizar el análisis de los caracteres constitutivos de esas memorias privadas, autóctonas o disidentes, como la de las redes de sociabilidad; tomar en cuenta la movilidad social de las comunidades, sus compromisos históricos, sus relaciones con la oralidad y con la cultura culta, estimar el peso de los medios de comunicación modernos y el papel de la educación, esbozar una tipología social y una geografía de los grupos fundada en el criterio de la memorización, poner de relieve la diversidad de un "mosaico Francia".²⁵ En una palabra, más vale encontrar las cualidades de la diferencia, pero sabiendo que lastró lo nacional y lo patrimonial, sin contrariarlos jamás. Al mismo tiempo, no se trata de abdicar frente a la potencia de lo vivido, o contentarse con escribir en vez de explicitar. Acorralar a la memoria lleva, de hecho, a aplicar las reglas más "positivistas" del oficio de historiador, aquellas que objetivan y socializan el tiempo.²⁶ Esta historia revelará a ese precio su dimensión cultural completa: el hecho histórico siempre está mediatizado; el tiempo, en su duración, no es una cantidad que se pueda medir, indefiniblemente divisible; llevado por hombres reunidos, toma siempre al pasar un tinte emocional, portador de memoria potencial, cuya fuerza hace que todo trabajo de ese género²⁷ rebote en ella.

Una singularidad revisitada

Desde entonces resultó inevitable que se revisitara el monumento nacional que siempre fue la historia de Francia, y de preferencia aplicándole, como un chequeo de

²⁵ Véase André Burguière y Jacques Revel, dir., *Histoire de la France*, t. 1., *L'Espace français*, París, Le Seuil, 1989, e Yves Lequin, dir., *La Mosaïque France. Histoire des étrangers et de l'immigration en France*, París, Larousse, 1988.

²⁶ Oportunamente recordados por Antoine Prost, *Douze Leçons sur l'histoire*, París, Le Seuil, 1996.

²⁷ Los grandes modernistas y medievalistas siguen siendo los mejores proveedores de esta verdad que siempre vale la pena redescubrir: véase Georges Duby, *Le Dimanche de Bouvines*, París, Gallimard, 1973; Philippe Ariès, *Essais de mémoire (1943-1983)*, París, Le Seuil, 1993; Jacques Le Goff, *Saint Louis*, París, Gallimard, 1996.

salud, la prueba de la memoria,²⁸ mientras todas las encuestas decían con cuánto interés los franceses interrogaban a su pasado nacional.²⁹ La profusión de los títulos y la amplitud de las discusiones desde hace unos quince años comprueban que los mejores historiadores del momento tomaron o retomaron a pecho el asunto y se convirtieron, al mismo tiempo, en investigadores de la singularidad nacional amenazada, y en un Monsieur Jourdain colectivo de una historia cultural de la memoria.³⁰ No olvidaremos que en el punto de confluencia de esas dos aguas cívicas donde la historia se refresca se pone de relieve, y para un largo tiempo, un discurso del método: *Les Lieux de mémoire*.

Todos los análisis estuvieron fundados en un reconocimiento previo del hecho mayor que singulariza a este país y que la historia política renovada había rehabilitado recientemente: tener una nación precoz y construida en la cual un poder de Estado se encargara ampliamente de la identificación de cada uno con todos los demás y de Francia consigo misma. Historia, memoria y nación mantuvieron en ese finisterre europeo, dice Pierre Nora, "más que una circulación natural: una circulación complementaria". Una nación se constituyó, ancló la memoria en lo sagrado, desde la sangre de los reyes hasta la reverencia al contrato social, en la emoción que se alza conjuntamente, decía Marc Bloch, de lo sagrado de Reims y de la Fiesta de la Federación.³¹ Una memoria nacional trastocó, sin destruirlos, los particularismos de la región o del grupo, en una mezcla de erudición y de coerción, de religión y de moral, reacciones tenaces y revoluciones soñadas,³² héroes,³³

²⁸ Véase Philippe Joutard, "Une passion française: l'histoire", en André Burguière y Jacques Revel, dir., *Histoire de la France, op. cit., t. 4, Les Formes de la culture* (significativamente, este capítulo conforma la última parte del volumen intitulada "La mémoire").

²⁹ Véase Jean-Pierre Rioux, "Les Français et leur histoire", *L'Histoire*, núm. 100, mayo de 1987, y "Aux grands hommes, les Français reconnaissants", *Ibid.*, núm. 202, septiembre de 1996. Sobre las huellas de un momento decisivo, véase Jean-Pierre Azéma, "L'opinion et le régime de Vichy", en SOFRES, *L'État de l'opinion 1996*, París, Le Seuil, 1996.

³⁰ Por ejemplo, la *Histoire de France* publicada por Hachette de 1987 a 1991, en cuatro volúmenes que son más bien ensayos suntuosos con una fuerte carga político-cultural e identitaria, confiados a Georges Duby, Emmanuel Le Roy Ladurie, François Furet y Maurice Agulhon. Misma observación para aquella que dirigió Jean Favier en Fayard, terminada en 1991, con K.F. Werner, Jean Meyer, Jean Tulard, François Caron, René Rémond y Jean-François Sirinelli. La lista y las expectativas son igual de grandes en la de André Burguière y Jacques Revel en Le Seuil, *op. cit.*

³¹ Que en 1996 se considerara indispensable instituir un Comité Nacional para la conmemoración de los orígenes de la nación, que debe intentar civilizar las celebraciones del décimo quinto centenario del bautizo del rey de los francos, es un signo *al contrario* de una pérdida de sustancia de identidad. El debate alrededor de Clovis aumentó esta impresión.

³² Así, se ha podido hacer la historia de las huellas memorables en la constitución de las culturas y de las sensibilidades de las derechas nacionales: véase Jean-François Sirinelli, dir., *Histoire des droites en France*, París, Gallimard, 1992, vols. 2 y 3. O situar el efecto memoria en las mitologías y las culturas políticas: véase Raoul Girardet, *Mythes et Mythologies politiques*, París, Le Seuil, 1986, y *La Culture politique en France depuis de Gaulle, Vingtième siècle. Revue d'histoire*, núm. 44, octubre-diciembre 1994.

³³ Véase, por ejemplo, Gerd Krumeich, *Jeanne d'Arc à travers l'histoire*, París, Albin Michel, 1993, o Jean-Pierre Rioux, "Le souverain en mémoire (1969-1990)", en Institut Charles-de-Gaulle, *De Gaulle en son siècle*, París, Plon, La Documentation française, vol. 1, 1991, y, más ampliamente, Christian Amalvi, *De l'art et la manière d'accomoder les héros de l'histoire de France. De Vercingétorix à la Révolution*, París, Albin Michel, 1988.

edificación de instituciones,³⁴ fechas mayores inscritas en el corazón, periodos reverenciados,³⁵ reglamentación por el derecho y ampliación histórica periódica de las tierras de la saga.

Francia se vanagloria entonces de vivir una suerte de privilegio de la anterioridad en el concierto de las naciones: su memoria, dice, habrá sido construida sin hiatos, por estratos sucesivos, en una concatenación de coyunturas y de ambiciones que conforman su fuerza. Pierre Nora subrayó de qué manera su historia asumía en memoria su propia continuidad: una memoria real fija en el cuerpo del rey, una buena parte de lo que la Iglesia relacionaba con el cuerpo de Cristo; una "memoria-Estado" expresó después, a través del Louvre, la Academia Francesa o Versalles, su sentido de la protección y del mecenazgo, sus códigos de sociabilidad, su gusto por la heroización y los reversos de las medallas; una "memoria-nación" puso a la historia romántica y liberal de Michelet y de Guizot al servicio de la grandeza de los principios de las Luces y de un patrimonio inagotable; finalmente, una "memoria-ciudadano" hizo que el propósito echara raíces sociales, le dio la dimensión militante de una democracia por construir, en la cual la ciudadanía de aspecto radical-socialista haría florecer a toda esa herencia histórica. Así de grande fue la perseverancia para memorizar el rompecabezas nacional. Jerarquía de los caseríos, de los burgos y de las ciudades, unificación a través de la lengua, después de una batalla furiosa entre la lengua hablada en el sur, *oc* y la que se escucha en el norte, *oil*, entre hablas del particularismo y francés de la promoción social: el poder se incrusta al ras del suelo, se escribe y se habla, en su triunfo sobre el plural, sobre las actitudes reservadas y el claustro. Esta suma de aislamientos físicos y humanos habría sido para siempre esta "amalgama inconstituida de pueblos desunidos" de la que hablaba Mirabeau de no haberlos trascendido un culto memorable hacia la "persona Francia". Así concluía Michelet, "la sociedad, la libertad domaron a la naturaleza, la historia borró a la geografía".

Mientras tanto, la historia de los historiadores reafirmó de este modo que el Estado, con sus cuerpos constituidos, sus instituciones, sus leyes, sus glorias y su violencia, tuvo un papel determinante en esta edificación. A diferencia de una Inglaterra precozmente proyectada hacia ultramar, de una Alemania o de una Italia que accedieron demasiado tarde a la unificación nacional, de una Europa central entregada a las cacofonías de lenguas y pueblos, Francia fue antes que nada una construcción política y moral: cultural en el sentido más noble. El Estado, en las continuidades monárquicas y republicanas que aclamó Tocqueville, petrificó a la

³⁴ La nacionalización del museo, por ejemplo, fue estudiada minuciosamente. Véase Dominique Poulot, *Bibliographie de l'histoire des musées de France*, París, Éditions du CTHS, 1994.

³⁵ Véase, por ejemplo, Christian Amalvi, *Le Goût du Moyen Age*, París, Plon, 1996.

sociedad, a la economía, a la administración, a la lengua y, en consecuencia, a la memoria. Ese recurso de la política es sin duda una fuente inagotable de conflictos internos. Pero queda la continuidad matriz, la osamenta de la memoria, el enlace de una alquimia compleja que fundió, en una conciencia común, todos esos ingredientes diversos. "Francia, recuerda Pierre Nora, es una nación estrato-centrada."

Esta originalidad -una "cierta idea de Francia", una "Madona de los frescos" que un De Gaulle hizo sobrevivir hasta el último tercio de este siglo- cuyo ecumenismo social y cultural no engaña al historiador, pero del que debe registrar el peso secular sobre las representaciones mentales y sobre los compromisos colectivos, parece haber perdido, como hemos dicho, su virtud inicial y parte de su fuerza de persuasión, en una secuencia de avatares contemporáneos. Al final de éstos, la memoria nacional se vuelve más vagabunda, sin modelo orgánico, desmoronada en memorias divergentes o rivales que, en su metamorfosis, sustituyen la afectividad al civismo y lo societal a lo estatal. Una memoria menos espontánea y, en un sentido, más culta, obsesionada por la acumulación de los rastros, menos jerarquizada, menos preocupada por asumir la distribución del olvido: más civil, desacralizada, aferrada a los bloques erráticos del antiguo relieve, menos capaz de fusionar.

La investigación histórica también registró esta mutación. Cuando la nación fue lo suficientemente sacudida por lo societal, y los mitos colectivos indefinidamente memorables estallaron al chocar con el individualismo de crisis, los ritos se volvieron laicos en las aguas de la mediatización instantánea. Lo único que aún palpita bajo el bisturí de los historiadores es una especie de vida residual y simbólica concentrada en lugares minuciosamente cuidados por los funcionarios de la conmemoración o ya invadidos por las malas hierbas. Se ha soltado el gran viento de la identidad, un rumor sugerente ocupa el espacio abandonado: llegó la hora de los "lugares de memoria", "montículos testigos de otra era, ilusiones de eternidad": "No es totalmente la vida ni totalmente la muerte, como esas caracolas sobre la playa cuando se retira el mar de la memoria viviente", dice Pierre Nora.

La nueva ola de Historias de Francia corrobora esa constatación. Ya no se interesa por la búsqueda de los orígenes que había practicado Michelet o Lavisser: al contrario, los historiadores vuelven sobre sus pasos para tratar de medir todo lo que nos separa de la vieja evidencia natural de una Francia prometida a su destino, para hablar de ese misterio de singularidades con el que ya no se sabe cómo hacer una unidad. Interesante, desde ese punto de vista, es el intento de Fernand Braudel que renunció a su cátedra *Grammaire des*

civilisations para ir, con un poco más de humildad, en busca de una *Identité de la France*.³⁶ Ese país, decía él, fue también una sucesión de oportunidades perdidas y soberanías sin reino: una franja continental donde se acumularon bienes y hombres desde el Neolítico, una tierra "anormalmente poblada", un mundo recluso donde el campesinado fue hasta cerca de 1950 "la conciencia habitual del país". ¿Cómo describir la magia de esta "Francia que huyó hacia sí misma", donde la memoria nacional fue hija de l'Ile-de-France? Las Historias de Francia, como se puede ver, no pueden describir sabiamente más que las rupturas y las crisis, los ciclos o las mezclas y concluir con preguntas. Tienen registrada nuestra dificultad de asir y de perseguir, dice finalmente Braudel, "este trabajo interior del misterioso alumbramiento, mezclado de necesidad y de libertad, del que debe responder la historia".

Tanto es así, que sobre la historia, ya se ha dicho, pesa una amenaza de revancha: la degeneración y el olvido de la memoria del local y de los grupos deshechos, que fueron escrutados en su sumisión, consciente o no, al imperio de la memoria de los medios, en el tiempo discontinuo y diseminado del consumo, del divertimento o de la cultura de masas, y en la individualización de las mentalidades. ¿Quién relatará, para no dar más que un ejemplo, el efecto de la modificación de un estatuto de la vejez y la denegación de la muerte en esta sociedad? Antaño, los abuelos transmitían a la familia, al grupo o a la nación. ¿Qué ha pasado hoy, en tiempos de los clubes de la tercera edad y de la muerte en el hospital o en el asilo de ancianos? ¿Qué pensar también del efecto constitutivo de los lugares y de los paisajes sobre la memoria colectiva cuando se esparce la obsesión por el hábitat individual, cuando lo "peri-urbano" se propaga como un cáncer y el turismo para todos consume febril e indistintamente el espacio memorable? Podríamos alargar sin esfuerzo la lista de los hechos de sociedad y de cultura que la investigación histórica no se decide aún a abordar, pero cuyo estudio permitiría medir la extensión y la profundidad de la transformación: lugares de memoria arrasados o abandonados, intermediarios culturales anulados o mudos, valores divididos y sometidos a la impermeabilidad de una generación a otra, poderes puestos en duda, centralización denunciada y diversas pedagogías abucheadas, todo confirma la desarticulación de una memoria a la antigua.

El acceso de fiebre conmemorativa que contrajo Francia como tantos otros países desarrollados fue una primera respuesta, pero de igual manera, en esa confusión

³⁶ Fernand Braudel, *Grammaire des civilisations*, París, Arthaud-Flammarion, 1987 (retomada de un texto de 1963), y *L'Identité de la France*, París, Arthaud Flammarion, 1986, 3 vols.

social de la reminiscencia. Decir colectivamente y sin cesar que seguimos siendo los mismos habla de la autosugestión indispensable y deseada por cualquier poder. Al organizar esas ceremonias, el Estado compensa los efectos perversos de la dilución de su acción. Financia, propone, incita o delega a las regiones y a las colectividades, sin lograr unir el abanico: esfuerzo admirable, pero que no evita el desorden de la incapacidad de elegir y de jerarquizar. Una buena parte de su provecho está acaparada por los medios de comunicación que dominan el éxito o el fracaso de las manifestaciones programadas. En una profusión que a menudo no carece de intenciones partidarias, Francia rema así de Revolución en milenio capetiano, de revocación del edicto de Nantes en el centenario del cine o exaltación de Clovis, en un activismo a la carta donde uno puede escoger y conmemorar en el autoservicio de la celebración. Podemos, es cierto, leer en esas festividades todos los atajos astutos y todas las desviaciones de sentido que conforman la unidad de una visión colectiva y que señalan dificultades presentes: hubo algún voluntarismo paradójico en presentar el hecho de que Luis XIV haya incluido a los protestantes en el índice como una invitación a meditar sobre la tolerancia, a celebrar 1789 ignorando el año de 1793, a celebrar el "milenio capetiano" sobre la base, fraguada, del santo Hugues Capet, a darle una fecha tan exacta al bautizo de Clovis. Pero lo esencial es este intento de conmemoración activista y de conjura multiforme de la pérdida de sentido,³⁷ aunque la conmemoración repetida no basta para esconder la falla de transmisión que los historiadores, por vocación, deben recordar.

De hecho, la mejor respuesta³⁸ a la caída de tensión de la memoria colectiva fue la permanencia de una emoción patrimonial.³⁹ Esta huída al pasado casi no distingue a Francia de otras sociedades occidentales atrapadas también en el frenesí de lo "retro" rehabilitado, exhibido, visitado y estudiado. Aquí, como en otras partes, los efectos acumulados de la crisis y del desencanto ideológico suscitaron un regreso al pasado. Pero un pasado con cronología mal limitada, a una historia fugitiva sin principios federadores, cuyos efectos acumulativos ya no están regidos por las leyes del progreso: crisis del porvenir e incertidumbres presentes

³⁷ Véase William Johnston, *Post Modernisme et Bimillénaire. Le culte des anniversaires dans la culture contemporaine*, París, PUF, 1992.

³⁸ Hay otras, demasiado estudiadas, y principalmente la que intenta aportar a las nuevas generaciones la enseñanza de la historia. Es significativo que los nuevos programas de la enseñanza media básica, aplicables desde 1996, hayan querido resaltar, en sus capítulos, documentos mayores y patrimoniales, cuyo conocimiento y reflexión se volvió obligatoria en las clases.

³⁹ Véase Marc Guillaume, *La Politique du patrimoine*, París, Gallée, 1980; Jean-Pierre Rioux, "Apothéose de Clío?", *Universalía* 1982, París, Encyclopaedia Universalis, 1982, y "L'émoi patrimonial", *Le Temps de la réflexion*, núm. 6, París, Gallimard, 1985; Henri-Pierre Jeudy, dir., *Patrimoines en folie*, París, Éditions de la MSH, 1990; Françoise Choay, *L'Allégorie du patrimoine*, París, Le Seuil, 1992; Jean-Michel Leniaud, *L'Utopie française. Essai sur le patrimoine*, París, Mengès, 1992; "Patrie, patrimoine", *Genèses*, núm. 11, marzo, 1993; Jean-Pierre Babelon y André Chastel, *La Notion du patrimoine*, París, Éditions Liana Levi, 1994; *Le Patrimoine et la Cité*, coloquio, Annecy, 1995, en prensa.

exigen un pasado legible sin mediaciones, un tiempo sin ruptura, otra memoria, un patrimonio menos indiviso. Ese regreso hacia sí mismo es deliberadamente ecléctico, desordenado, cargado de esperanzas informales, nutrido por preguntas más contradictorias que complementarias de generaciones que se comunican menos entre ellas. Forma parte de un vértigo de exhumación, de una fiebre del archivo y de la huella. Mantiene un cotejo sin proyecto, una colección sin discernimiento.

De esta forma, todo, insensiblemente, se volvió patrimonial. En la más pura originalidad francesa, el Estado confirmó y volvió a poner en boga este activismo de los orígenes en el marco del "Año del patrimonio" en 1980, que pretendía que se convirtiera, según el ministro Jean-Philippe Lecat, en el "hilo de Ariadna que une el presente, el pasado y el futuro de nuestra sociedad y que permite escapar a la angustia y a la esterilidad".⁴⁰ Desde las "Jornadas del patrimonio", cada año múltiples iniciativas privadas y locales, coloquios de la nueva Dirección de Patrimonio del Ministerio de Cultura y los minuciosos inventarios dividieron la iniciativa pública. Esta cultura tan extensiva del patrimonio, a la vez protegido y reinventado en los usos sociales, cubrió de paso todas las formas de nostalgia que ha tenido Francia, como se ha visto, desde 1975. "Relatos de vida", encuestas orales, iniciativas de asociaciones, festividades, genealogía para principiantes, biografías y novelas históricas, asistir a las grandes exposiciones o moda de los "ecomuseos": podríamos detallar a voluntad las formas individuales, asociativas, regionales y nacionales de esa reinversión patrimonial de la retromanía, sus rivalidades no siempre felices y su ausencia de conclusiones acumulativas.

A fin de cuentas, la lógica del "todo o nada" arruina ampliamente el esfuerzo de pedagogía colectiva de la memoria que podía dividir esta sed del patrimonio. Pues esta plétora de siglos no tiene puntos de referencia, esas reapropiaciones con superficie social demasiado desmoronada balcanizan el recuerdo, esos intereses en juego están muy desnacionalizados en una infatuación de lo local y de lo individual recubiertos por una lógica de la reserva muy alejada de las viejas ideas preconcebidas.⁴¹ Esta división de los signos abstractos visibles del tiempo real, propone un refugio en el tiempo cíclico de la "memoria larga", sin asperezas vivas.

La crisis sólo ha echado raíces y ha vuelto más local el propósito desde el tiempo en que regiones enteras veían su glorioso pasado industrial borrado. Entonces,

⁴⁰ Culture et Communication, núm.23, enero 1980, p. 10.

⁴¹ Véase la conclusión de una vasta encuesta pluridisciplinaria, *L'Esprit des lieux. Localités et changement social en France*, París, Ediciones del CNRS, 1986, y, para una retrospectiva prospectiva, Jean-Pierre Rioux, "Le proche et le prochain: la France surmontera-t-elle ses particularismes?", en Jean-Baptiste de Foucauld, dir., *La France et l'Europe d'ici 2010*, París, La Documentation française 1993.

museografía de urgencias en *teletones* patrimoniales, rehabilitación turística de sitios en una transferencia del militantismo a la diversión, el "efecto memoria" está emparentado con el trabajo social: una etnologización sin fin de los tesoros regionales "transforma, dice Henri-Pierre Jeudy, el patrimonio en operador social sin chocar con la violencia de las contradicciones propias al contexto de crisis económica". Aunque ese patrimonio está protegido, ese patrimonio *in extenso* forma parte de una lógica de la imagen, del espectáculo y de la musealización que descansa sobre el "regocijo de una repetición absoluta y fiel a ella misma".⁴² Esta escenificación de los objetos y de las costumbres, esta teatralización de los fragmentos de memoria asimilan el detenerse en el tiempo a un "detenerse en la imagen": esta memoria petrificada ya no sabe olvidar, acumula simulacros y confirma el hundimiento de las formas antiguas de la vida social que pretende rehabilitar. Nada prueba que un día podrá rebasar el riesgo de este entretenimiento morboso. Pues, a fin de cuentas, "el efecto patrimonio" se voltea contra él mismo y exhibe su contradicción: al no querer olvidar nada, ya no es posible recordar.⁴³

Se pueden percibir así los límites sociales y cívicos de esta "memoria-patrimonio", de la cual Pierre Nora afirma que sólo ha podido proliferar en la languidez de la "memoria-nación". "La memoria es, en efecto, dice él, el único trampolín que permite reencontrar a Francia, como voluntad y representación, la unidad y la legitimidad que no había podido conocer más que a través de su identificación con el Estado, expresión de una gran potencia, en su largo periodo de grandeza." Ahora, precisamente, el patrimonio es girondino, descentralizador y limitado, a pesar de todos los esfuerzos jacobinos de las políticas culturales del Estado y de todas las fastuosidades de la conmemoración. La Francia del Estado de Derecho siempre ha preferido el contrato al compromiso. El asalto patrimonial y la mayoría de las conmemoraciones participan demasiado del compromiso, acumulando, sin acaparar para serenar, la "memoria-nación". Su voluntarismo aplicado no consigue siempre llegar a la espontaneidad perdida y nada prueba que los materiales que éstos reúnen puedan servir para reconstruir.

Permanencia de las fiebres

El pasadismo de la rememoración, de los rastros y del espectáculo de un esplendor despedazado ratificó la inmovilidad de las grandes maquinarias conceptuales e ideológicas, de las grandes visiones del mundo que antes habían jerarquizado y dominado al tiempo.

⁴² Henri-Pierre Jeudy, *Mémoires du social*, París, PUF, 1986, pp. 54, 91 y 155.

⁴³ Véase *Politiques de l'oubli*, París, Le Genre humain-Le Seuil, 1988, y "La mémoire et l'oubli", *Communications*, núm. 49, 1989.

Pero el imperativo de la mundialización, en la hoguera de una fuerte competencia europea, refiere también al bamboleo de una memoria más construida y más categórica en la cual el Estado encontraría su magisterio. Racismos, terrorismos, inseguridades, populismos, escándalos y "casos": esas sacudidas internas se añaden al mundanal ruido para mantener la carencia nacional.

La instalación en el corazón de la vida francesa de una fuerza semejante de negación entra en buena parte en el diagnóstico de la "fiebre hexagonal",⁴⁴ tan clara y abundantemente formulado por los historiadores. Se combina con demasiada comodidad, dicen ellos, con otros duelos imposibles, con otras fracturas y otros "rejugos" de antiguas fallas, en una reactivación trastornadora siempre de las "guerras franco-francesas".⁴⁵ Todo ocurre, en efecto, como si al llegar a un crucero donde la elección de futuro no lograra imponerse, Francia convocara una vez más a sus viejos demonios, sacrificara como por rutina a la magia del verbo divisor, bajo el ojo atento y el espejo deformante de los medios.

Cualquier pretexto es bueno para reabrir las viejas llagas. Los episodios más dolorosos del pasado pueden lanzarse a la batalla, de la cruzada contra los Albigeois a la fiesta de Saint Bathélemy, de la guerra de Vandea a la Colaboración. Es necesario, sin embargo, que el momento sea propicio y la argumentación fuerte: se podría así demostrar contundentemente cómo y por qué la guerra de Argelia e incluso, de manera más amplia, toda la historia de la descolonización caben perfectamente en esas operaciones de guerrilla nacional, pues el proceso de duelo aún no está terminado para sus propósitos,⁴⁶ pero cómo, al contrario -puesto que la guerra de otra manera más desastrosa pero victoriosa de 1914-1918 no ha mantenido equívocos de memoria-, se pudo realizar más comodamente su historia cultural comparada evitándose tener que esperar la liberación del recuerdo hiriente.⁴⁷ Por el contrario, como se recuerdan sin cesar los viejos traumas que pusieron en juego el contrato republicano y los orígenes de la identidad nacional, la historia debe intervenir dejando todo de lado. A este respecto, dos momentos clave funcionan desde hace tiempo como inevitable absceso de la pasión como de la investigación: la Revolución francesa y la Segunda Guerra Mundial.

* Por la forma del país, suele usarse el término "hexágono" para referirse a Francia (N. de la T.).

⁴⁴ Véase Michel Winock, *La Fièvre hexagonale. Les grandes crises politiques (1871-1968)*, París, Calmann-Lévy, 1986.

⁴⁵ Véase *Les Guerres franco-françaises, Vingtième siècle. Revue d'histoire*, número especial 5, enero-marzo 1985, y Daniel Lindenberg, "Guerres de mémoire en France", *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, núm. 42, abril-junio 1994.

⁴⁶ Véase Jean-Pierre Rioux, dir., *La Guerre d'Algérie et les Français*, París, Fayard, 1990, 5a. parte; Benjamin Stora, *La Gangrène et l'Oubli. La mémoire de la guerre d'Algérie*, París, La Découverte-Le Monde Éditions, 1991; Gilles Manceron y Hassan Remaoun, *D'une rive à l'autre. La guerre d'Algérie de la mémoire à l'histoire*, París, Syros, 1993; Ch.R. Ageron, "Le drame des harkis", *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, núm. 42, abril-junio 1994.

⁴⁷ Véase Jean Jacques Becker et al., dir., *Guerre et Cultures, 1914-1918*, París, Armand Colin, 1994.

Se podía esperar que las celebraciones del Bicentenario de 1789 tuvieran un giro prospectivo digno de una entrada al tercer milenio. No fue así, ya que el evento revolucionario hizo más que nunca un papel de matriz. Sin duda, las muchedumbres de 1989 nunca fueron convocadas al debate entre intelectuales, y los medios los convidaron más bien al desfile del 14 de julio que organizó M. Goude. Pero una controversia retroactiva sobre lo esencial volvió a tomar cuerpo. Lo más sabio habría sido decir que la Revolución era un acontecimiento histórico, inmenso, rico en ecos mundiales y prolongaciones internas, pero con una fecha, circunscrito y emblemático; una etapa, decisiva pero pasada, de la vieja querrela de la democracia a la francesa. Que había que develar de una buena vez sus secretos políticos en vez de permitir que resurgiera el interés implicado en la memoria. ¡Lástima! Una República carente de inspiración, a la izquierda como a la derecha, pretendió -hacer creer que la Revolución unía más que nunca y que los franceses seguían siendo los descendientes directos de los hombres de la Libertad. Ahora bien, la inquietud contemporánea era demasiado fuerte para que esta ambición unanimista pudiera tomar forma.⁴⁸ Incluso antes de los primeros festejos y con la ayuda del cambio de mayoría en 1986, una historia pasablemente "revisionista" había alegado el supuesto "genocidio" de los vandeanos por la Convención para negarle a la Revolución cualquier efecto positivo en el devenir nacional.⁴⁹ Por su parte, la Iglesia católica tuvo un papel bastante gris. Desde entonces, para combatir esta ofensiva impía, los apóstoles de la Revolución venerada en bloque, así como los republicanos sensatos, volvieron su homenaje proporcionalmente más firme.⁵⁰ Tanto es así que la Revolución pudo volver a empezar, y fue otra vez la misma: Tocqueville lo había presentido al preguntarse cuándo se cansaría este pueblo de "golpear el mar".

Con los años "negros" de 1939-1945, e incluso de manera más amplia de 1933 a 1947, cuando hubo crisis abierta de la República y una desgarradura en el tejido nacional, el asunto tomó otras proporciones y se salió de los límites de un debate intelectual e ideológico. Los últimos sobrevivientes pueden aún dar testimonio. Demasiadas personas salieron palpitantes de la experiencia como para que la argumentación no tomara un giro

⁴⁸ Véase Steven L. Kaplan, *Adieu 89*, París, Fayard, 1993; Jean Davallon, Philippe Dujardin, Gérard Sabatier, dir., *Politique de la mémoire. Commémorer la Révolution*, Lyon, PUL, 1993; Pascal Ory, *Une nation pour mémoire. 1889, 1939, 1989: trois jubilés révolutionnaires*, París, Imprinta de la Fundación Nacional de las Ciencias Políticas, 1992.

⁴⁹ Los historiadores habían tomado, sin embargo, la precaución de nutrir sólidamente el debate: véase, en particular, Jean-Clément Martin, *La Vendée et la France*, París, Le Seuil, 1989, y *La Vendée de la mémoire (1800-1980)*, París, Le Seuil, 1989; véase también Claude Langlois, "La Révolution française malade de la Vendée", *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, núm. 14, abril-junio 1987, y François Bluche y Stéphane Rials, dir., *Les Révolutions françaises*, París, Fayard, 1989.

⁵⁰ Una prueba de esto son las entrevistas preliminares con políticos que realizó Marie-Claude Netter, *La Révolution française n'est pas terminée*, París, PUF, 1989, y, a la inversa, un balance más histórico del asunto, Francis Hamon y Jacques Lelièvre, dir., *L'Héritage politique de la Révolution française*, Lille, PUL, 1993.

apasionado y vital: el "deber de la memoria" de los testigos y de los sobrevivientes puso orden inevitablemente entre los historiadores.⁵¹ El regreso científico a esta guerra tomó un extraño aspecto de viaje en crucero, en una cadena de incidentes, injurias, revelaciones de archivos supuestamente tristes y de procesos memorables, con el contrapunto de una producción histórica, honrosamente mediatizada, que hizo más que marcar el tempo: contribuyó a fijar la trama y marcó análisis inatacables.⁵² Mostró principalmente que el "síndrome de Vichy" había evolucionado, señalando de qué manera el peso de esta memoria pudo nublar la visión del porvenir, hacer que tantos debates cayeran en la trampa del recuerdo, mantener la obsesión del pasado intentando un proceso perpetuo.⁵³ Por otro lado, la ofensiva de quienes negaron la existencia de las cámaras de gas y el proceso de Klaus Barbie reavivaron una memoria vigilante de la Shoah, que no deja de tener efectos retroactivos sobre el trabajo histórico.⁵⁴ Pero aunque el estudio de los traumas que el régimen de Vichy y la Colaboración provocaron a la memoria nacional se llevó a cabo esencialmente en este momento, otros espacios de investigación se abrieron, principalmente el de la Resistencia, cuyo estudio sigue siendo difícil, pues muchos resistentes aferrados a su culto del recuerdo perseveran a veces en la exaltación de una comunidad fraternal o llevan a cabo su combate bajo la tenue pero actual luz de los derechos humanos. En todos esos puntos y en muchos otros que esperan ser examinados, desfundar las memorias es ahora una condición previa y un paso obligado para el historiador.⁵⁵ Y estudiarlas en sí mismas da mayor agudeza y pertinencia a los análisis objetivos de un más allá de la pantalla de la memoria.

Marx solía decir que el drama de los franceses eran "los grandes recuerdos". Los historiadores, que antier participaban tan activamente en la elaboración de una genealogía de lo nacional y ayer en una genealogía de lo social, saben, pues, hoy en día, que su cambiante disciplina no enfrenta impunemente el estudio, tan complejo pero

⁵¹ Véase, como un ejemplo primordial, Primo Levi, *Le Devoir de mémoire*, Turin, Éditions Mille et une nuits, 1995.

⁵² Véase, para lo más esencial, Alfred Wahl, dir., *Mémoire de la Seconde Guerre mondiale*, Metz, CRHC de la Universidad de Metz, 1984; IHTP, *La Mémoire des Français. Quarante ans de commémorations de la Seconde Guerre mondiale*, Paris, Ediciones del CNRS, 1986; Henry Rousso, *Le Syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*, Paris, Le Seuil, 1987 y 1990; Annette Wieviorka, *Déportation et Génocide. Entre la mémoire et l'oubli*, Paris, Plon, 1992; Sarah Farmer, *Oradour : arrêt sur mémoire*, Paris, Calmann-Lévy, 1994; Éric Conan y Henry Rousso, *Vichy, un passé qui ne passe pas*, Paris, Fayard 1994. Para una síntesis de los trabajos, véase Robert Frank, "La mémoire empoisonnée", en Jean-Pierre Azéma y François Bédarida, dir., *La France des années noires, t. 2, De l'Occupation à la Libération*, Paris, Le Seuil, 1993, y para un señalamiento de los móviles, J.-P Azéma y F. Bédarida, dir., *1938-1948. Les années de tourmente, de Munich à Prague. Dictionnaire critique*, Paris, Flammarion, 1995, 6a. parte.

⁵³ Véase "Le poids de la mémoire", dossier, *Esprit*, julio 1993.

⁵⁴ Véase, principalmente, Renée Poznanski, *Être juif en France pendant la Seconde Guerre mondiale*, Paris, Hachette, 1994.

⁵⁵ Véase Jean-Marie Guillon y Pierre Laborie, dir., *Mémoire et Histoire: la Résistance*, Toulouse, Privat, 1995.

tan importante, de la memoria colectiva. Sin duda es su propia manera, laboriosa y terca, de decir en estos días que este país baldado por los siglos y las fiebres nunca sufrió sin luchar la enfermedad de la postración.